



XXXXXXXXXX XXXXXXXXX

- VIAJES -

BEBÉ A BORDO

PERUANA DE NACIMIENTO PERO CON UNA LARGA VIDA EN MÉXICO, THEDA ACHA ES UNA FOTÓGRAFA CON UNA AMPLIA TRAYECTORIA EN EL MUNDO EDITORIAL Y CON EXPOSICIONES EN MÉXICO, PUERTO RICO, ARGENTINA, ESPAÑA, ITALIA Y JAPÓN. EN 2011, SIN EMBARGO, DECDIÓ DEJAR EN SEGUNDO PLANO SU CARRERA PARA HACERSE A LA MAR CON SU PAREJA. HACE OCHO MESES SE SUMÓ A LA TRAVESÍA SU PRIMER HIJO. ESTA ES SU CRÓNICA, ESCRITA Y VISUAL, DE LO VIVIDO HASTA EL MOMENTO.

— Texto y Foto: Theda Acha



XXXXXXXXXX XXXXXXXXX

Hace tres años mi pareja y yo decidimos dejar México y hacer realidad el sueño de viajar por el mundo. A partir de entonces navego en un velero de trece metros de largo.

El viento nos ha llevado por cuatro continentes y veinte países de Europa, Asia, África y América. Muchos son los recuerdos y las fotografías que he tomado.

Roma, Nápoles, Génova, Lisboa, Atenas, Barcelona, Niza y Boston son solo algunos de los puertos y ciudades que hemos conocido. En todo este tiempo hicimos buenos amigos, desembarcamos en islas deshabitadas, y cruzamos el océano Atlántico (pasar tres semanas sin ver tierra, día y noche, fue una experiencia inolvidable).

El *Olé*, así se llama nuestro barco, es nuestro refugio; nos protege del oleaje, de los vientos y hasta de los fríos invernales. Hemos aprendido a convivir en ese espacio pequeño; a organizarnos, tener pocas cosas, racionar el agua, disfrutar de la naturaleza y sobre todo, a confiar el uno del otro.

Cuando navegas sientes una enorme sensación de libertad, puedes ir con el viento a cualquier parte del mundo. Llegar por mar te da una perspectiva distinta de los lugares, es como tener frente a ti una ventana que cambia de paisaje todo el tiempo; nunca sabes qué encontrarás. También, de vez en cuando, te enfrentas a vientos y temporales que traen lluvia, frío y grandes olas; es entonces cuando te sientes diminuto ante la enormidad del



XXXXXXXXXX XXXXXXXXX



Xxxxxxxxxxxxx



Xxxxxxxxxx xxxxxxxx



Xxxxxxxxxx xxxxxxxx



Xxxxxxxxxx xxxxxxxx

mar, tienes miedo, te mareas y te preguntas: ¿qué hago aquí, en medio de esta inmensidad? Lo único que deseas es volver a tierra.

Estábamos en el Caribe cuando nos enteramos de que esperábamos un bebe. Dudamos si dejar el barco para volver a tierra o continuar. Durante el viaje habíamos conocido familias que navegaban con niños pequeños, incluso conocimos una pareja que cruzó el Atlántico con su bebe de cuatro meses; todos nos dijeron que no era difícil, que los niños se adaptan rápido, que disfrutaban, sociabilizan y aprenden a vivir en diferentes lugares. Así que decidimos seguir navegando.

Durante los últimos meses de mi embarazo estuvimos amarrados en una marina de Florida, para ir al médico y estar cerca al hospital para el nacimiento. Todo salió muy bien, di a luz un hermoso bebe que se llama Fran. Cuando cumplió tres meses y tuvo sus vacunas, volvimos a navegar.

Bahamas fue nuestro primer destino en familia; es un conjunto de islas ideales para navegar y está a menos de veinticuatro horas de Florida a vela. Nos tocaron días luminosos y buen viento. Cuando llovía aprovechamos para recolectar agua. Fran tomó sus primeros baños en un mar cristalino y templado; dormía y comía la mayor parte del tiempo. En los meses de verano dormía plácidamente en una hamaca (tuvimos que poner un mosquitero para protegerlo de los insectos). Anclamos frente a pueblos para pasear, ir al supermercado o probar un típico plato de caracolas fritas, “conch”. Después regresamos a Florida, para llevar a Fran al pediatra y que le pusieran el resto de las vacunas.

La vida cotidiana en un barco tiene su rutina igual que en tierra: ir al supermercado, a la lavandería, comprar pañales, medicinas o gas para cocinar. Eso te permite conocer mejor a la gente local y hacer amigos, porque ya no eres un turis-

ta, sino un visitante que tiene mucho que contar. Periódicamente haces el mantenimiento al barco, revisas que las velas y el motor estén bien, llenas los tanques de agua para bañarte (para beber usamos una pequeña desaladora que potabiliza el agua de mar).

Cuando el calor comenzaba a ser insoportable y había riesgo de huracanes, nos fuimos al norte. Navegamos el resto del verano y parte del otoño por la costa este de los Estados Unidos, hasta llegar a Canadá. Fueron más de mil quinientas millas de recorrido. En Carolina del Norte admiramos el arco-iris más bello que he visto en mi vida. Visitamos lugares entrañables, como la isla de Nantucket, conocida antes por la caza de ballena y convertida ahora en lugar de veraneo para los habitantes de Nueva York y Boston. Pasamos cerca a los faros de Nueva Inglaterra. Anclamos en la bahía de Cape Cod. Nos sujetamos a una boya frente al puerto de Boston, con la mejor vista que se pueda tener de la ciudad (en la que visitamos Harvard y el museo de arte contemporáneo). Anclamos en bahías protegidas que parecen lagos en la costa de Maine. Navegamos entre islas de pinos y venados que se asoman con curiosidad. Comimos langosta. Visitamos pueblitos encantadores. Vimos focas y delfines. Fran sonreía todo el tiempo.

En estos meses que hemos navegado por la costa de Nueva Inglaterra, Fran ha crecido. Nunca se ha enfermado en los ocho meses que tiene; está acostumbrado al vaivén del barco y a ver el mar. Le encanta bajar a tierra, ver y descubrir el mundo; es sociable, se ríe con la gente y, como a cualquier bebé, le gusta jugar. Aunque no vaya a recordar sus primeros meses de vida en el mar, puedo asegurar que es un bebe feliz, y que la sensación de paz y plenitud lo acompañará toda su vida. ▲